

EL OLVIDO QUE SEREMOS
Héctor Abad Faciolince (2017, 2ª ed.)
Caracas: Planeta

No sé si a ustedes les ocurra, pero en pocas oportunidades un libro queda rondando en la memoria. Y no porque carezca de calidad en su estilo o porque la trama sea deficiente; por ninguna de esas razones. No se prenda en la memoria porque simplemente no se conecta con nuestra experiencia de vida; mientras hay otros libros que sí. Pareciera que formarían parte de nuestro código genético y eso es lo que sucede con *El olvido que seremos* de Héctor Abad Faciolince. Fue publicado en el año 2006, pero la segunda edición en nuestro país ocurre en el mes de abril de 2017. Así que once años más tarde lo tengo en mis manos. No obstante, esta reseña no tiene la finalidad de ser una historia que contemple el hallazgo entre el libro y el lector, sino dar cuenta del por qué ustedes deben acercarse a él.

Se ha dicho en no pocos ensayos y críticas sobre la historia de la cultura e identidad de América Latina que somos un pueblo carente de memoria. Erigimos monumentos, estatuas; nuestro imaginario colectivo se resume en cierta cultura del panegírico. Sin embargo, de esos monumentos levantados en la memoria del héroe poco se sabe. ¿Cuál es la razón de tal desconocimiento? Diría que no es desconocimiento, la población conoce, está consciente de lo que acontece, pero pareciera tener un dejo al olvido. Un ideal romántico basado en que olvidar nos hará mejores, más serenos y felices, nos alejará del oprobio vivido en el pasado y en el que aún se vive.

Entonces, olvidar se convierte en el sucedáneo, por antonomasia, para seguir el camino de la vida. Pero ¿cuál es el lugar de la memoria? ¿Acaso no hay lugar para ella? Sí lo hay: memoria y olvi-

do conforman un binomio indisoluble. Está claro que no todo puede recordarse —aquí irremediamente tenemos que apelar al ejemplo de Funes, personaje del argentino Jorge Luis Borges en el cuento “Funes el memorioso”. Aunque Manuel Caballero, historiador venezolano aseguraba en su libro de ensayos *No más de una cuartilla* (2009), que en el estado Falcón vivió un hombre con la misma capacidad mnemotécnica de Funes— nuestro cerebro desecha datos que no serán de utilidad, mientras que otros prevalecen incólumes en la memoria. Junto a lo anterior, se ha creado la tecnología para albergar a través de diversos dispositivos ayudas a la memoria (documentos, libros, archivos; hasta los más recientes y tecnológicos: ordenadores, memorias USB, memorias virtuales alojadas en la Web).

En el párrafo anterior expresé que no todo puede recordarse, pero volviendo a *El olvido que seremos* existen pasajes de nuestra historia que sí valen la pena recordar. La historia mínima que es nuestro hogar, nuestra familia se ofrece como un espejo de la historia de las ciudades, de los pueblos, de la humanidad. De allí que, *El olvido que seremos* retrate la historia de un hijo y su familia, en particular, la figura del padre. La vida de esa familia en la ciudad de Medellín desde la década de los cincuenta del siglo pasado hasta finales de la década de los ochenta, específicamente el año 1986. Año en que muere el padre del escritor asesinado, producto de la violencia colombiana.

Resulta difícil y comprometedor ubicar este libro en un género en particular. Puede configurarse como un híbrido entre novela, crónica, diario y algunas dosis de ensayo. Por lo tanto,



este ejemplar, carente de ficción¹, encierra un profundo sentimiento de amor y nostalgia por la figura del padre. Un padre benévolo, inteligente, ingenuo, sagaz y, sobre todo, comprometido con la lucha e igualdad social de los más desposeídos en las barriadas de la ciudad antioqueña.

La estructura del libro está formada por 42 apartados o capítulos, algunos titulados quizás para darle coherencia a lo narrado: “Un niño de la mano de su padre”, “Un médico contra el dolor y el fanatismo”, “Guerras de religión y antídoto ilustrado”, “Viajes a oriente”, “Años felices”, “La muerte de Marta”, “Dos entierros”, “Años de lucha”, “Accidentes de carretera”, “Derecho y humano”, “Abrir los cajones”, “Cómo se viene la muerte”, “El exilio de los amigos” y “El olvido”. A lo largo de los títulos presenciamos cómo se desarrolla no solo la figura del padre, sino también la vida de la familia Abad Faciolince desde la más tierna infancia hasta el ocaso con el fallecimiento del patriarca.

Esta figura que se distancia del arquetipo del padre latinoamericano no es soberbio ni mucho menos machista. Su ser comprende todo lo contrario: de la mejor formación académica de la época, —postgrados en el extranjero— refinado y cariñoso con todos sus hijos, incluso con el varón. Por eso es que Abad Faciolince escribe al inicio del segundo apartado “Mi papá me dejaba hacer todo lo que yo quisiera” (p. 14). Cualidad que le granjea controversias porque en la cultura del “macho vernáculo” no hay lugar para el afecto y la palabra de aliento. Por tal razón, el abuelo Abad mirará con recelo la forma de crianza de su hijo para con sus nietos. Es por esto, además, que años después cuando Abad Faciolince se encuentra con *Carta al padre* de Kafka exprese la gran divergencia entre estos modelos y cómo para él es inconcebible haber tenido una situación completamente contraria.

Así como el padre se distancia de las convenciones sociales, su madre tampoco se queda atrás. Una mujer adelantada para la

¹ Escribo carente de ficción porque aquí Abad Faciolince se dedica a relatar el asesinato y la vida de la familia sin recurrir a las estrategias de la ficción.

época. Por pragmatismo o verdadero amor, decidió salir a trabajar de manera que su esposo pudiera dedicarse, sin mayores preocupaciones monetarias, a sus cátedras universitarias y a la lucha como compromiso social. El cuadro familiar lo complementan las hermanas Abad Faciolince, bonitas, inteligentes y divertidas. Sin embargo, sobresale Marta, la artista de la familia, —la portada del libro es el retrato de Marta en su infancia— pero quien divide en dos la historia familiar producto del cáncer de piel que cobró su vida. De cualquier manera, más allá de parecer mujeres interesantísimas, parecen extraídas de la pluma de un autor laureado. De lo anterior se cuela la memoria no solo como reservorio del pasado sino como la reconfiguración del presente narrado.

Como contraparte de esa infancia y tiempos felices, la narración se encauza al episodio del asesinato del padre. El compromiso social, la instrucción en los asuntos de salud pública en las zonas marginales, la denuncia en artículos y en programas de radio sobre los atropellos de los funcionarios del Estado contra el ciudadano, los desalojos de indígenas de las haciendas de los terratenientes, la desaparición y tortura de estudiantes y profesores, los asesinatos de los líderes sindicales, entre otros vejámenes cometidos por grupos que tenían nombre y apellido pero que nadie se atrevía a poner en tela de juicio, todo eso le cobraría factura al progenitor de Abad Faciolince. Esos grupos sociales en Colombia no veían con buenos ojos la labor filantrópica y por ello fue muy fácil tildarlo de comunista o perteneciente a las filas de la izquierda. De allí que de las simples acusaciones o enjuiciamientos verbales se corporeizaran en la muerte.

Sabemos que la vida desemboca en la muerte. Es lo único seguro que tenemos: ese olvido que seremos. Pero la nostalgia, la añoranza ocurre cuando es inesperado ese olvido. Por eso el libro sabe a nostalgia. La nostalgia de contar un recuerdo que no puede quedar en el pasado, porque aquí nos vemos retratados y al relatarlo exor-

ciza todas las cuitas provocadas a raíz de este hecho. Finalmente, otros asuntos dignos de reseñar están aquí excluidos pero no porque carezcan de atracción, sino porque prefiero dejárselos a la avidez de cada lector. Por último, quisiera que ustedes también disfrutaran este libro que para mí fue una sintonía alentadora para entender que todos seremos olvido mientras exista la memoria.

Vanessa Castro Rondón
Universidad de Los Andes. Táchira
vanessanatalyc@gmail.com